

Siempre te amé ; mas siempre cuidadosa  
Miré mas que á mi amor á tu ventura ;  
Tú no fueras feliz con mi hermosura ,  
Y en mi encerré mi generoso amor.  
Dios hizo que á este amor triste y sin premio  
Fuera el amor de tu Clotilde unido ,  
Mas nuestro tiempo le pedí medido  
Por el tiempo no mas de aquella flor.

No nos fué dado nunca conocernos ,  
Mas á la par vivimos y te amamos ;  
Ambas unidas á la tumba vamos ,  
Y te perdemos á la par las dos.  
Juntas morir nos otorgó el destino  
Y tú mismo al cortar mi Pasionaria  
Cumplistes mi recóndita plegaria.  
Recibe pues , mi postrimer adios.

Y á estas palabras la cerviz doblando  
Voló al cielo su alma enamorada ,  
Y en medio de la atmósfera nublada  
Repentino relámpago brotó.  
Las ramas de la verde enredadera  
En la estrecha ventana se inflamaron ,  
Y sus hojas ceniza se tornaron  
Que el agitado viento arrebató.

Tendió don Felix las convulsas manos  
Ciego á su vista y de dolor transido,  
Y privado de aliento y de sentido  
De la ventana al pié se desplomó.  
Y diz que en su castillo de Aracena  
Pocos años despues triste vivia ,  
Y que á Aurora buscaba todavía  
Por el ameno valle en que vivió.

Aun de su viejo castillo  
En una capilla oscura  
Se encuentra la sepultura  
De su postrero señor,  
Y en vez del busto de mármol  
Y de inscripcion funeraria  
Hay solo una Pasionaria  
De mano de un escultor.

FIN DE LA LEYENDA QUINTA.

## LEYENDA SEXTA.

### APUNTACIONES PARA UN SERMON SOBRE LOS NOVÍSIMOS.

TRADICION.

#### AL LECTOR EL AUTOR.

Como lo vas á leer  
Me lo contaron, lector:  
Atañe al historiador  
Lo cierto que pudo haber.

Lo que mas le plazca de ello  
Crea tu razon discreta,  
Mas no olvide que al poeta  
Pertenece lo mas bello.

Querer dar con la verdad  
Fiándose en sus escritos,  
Es á yerros infinitos  
Asentir con ceguedad.

Yo no pretendo enseñarte,  
Lector, á menos atento:  
Me daré por muy contento  
Si es que consigues agradarte.

Solo á arrancarte un suspiro  
O una sonrisa aunque leve  
Mi estéril pluma se atreve,  
Solo á deleitarte aspiro.

Dejemos la verdad pues,  
Que es la verdad siempre amarga  
Y lo cierto grave carga  
Para los poetas es.

Lo falso á lo verdadero  
Lleva ventaja infinita,  
La mentira es mas bonita  
Y yo siempre la prefiero.

La razon fria y severa  
No hallará esta fantasía

Muy de su gusto, á fe mia;  
Pero piense lo que quiera.

*El pueblo me la contó*

*Y yo al pueblo se la cuento:*  
Y pues la historia no invento  
Responda el pueblo y no yo.

No hay en ella mas verdad  
Que lo que Hartzembusch ha escrito,  
Y yo por darme lo admito  
Importancia y gravedad.

Él, verídico escritor,  
Me garantiza esta historia.  
Pues yo soy, pese á mi gloria,  
De mentiras profesor.

Yo vivo con la mentira,  
Lector, en público trato,  
Y confieso sin recato  
Que la verdad no me inspira.

Empiezo mi cuento pues,  
Y si te agrada, lector,  
No preguntes al autor,  
Si mentira ó verdad es.

## INTRODUCCION

QUE EL SEÑOR HARTZENBUSCH HA TENIDO LA GALANTERÍA DE PONER  
Á MI LEYENDA SEXTA.

Pero antes que en el Duero se sepulte  
Cruza Pisuerga plácida campiña,  
Donde la rica miés, la rica viña  
Derraman sus tesoros á la par.  
Descuella un monte allí: sobre su cumbre  
Un gigantesco torreón se eleva,  
Mónstruo que con las víctimas se ceba  
Que le dá el despotismo á devorar.

Agrio son de cadenas y cerrojos,  
Amenazas de bárbaros sayones,  
Súplicas, alaridos, maldiciones  
Llenan aquella lúgubre mansión.  
Fortaleza la llama quien lejano  
Su mole vé sin registrar su centro,

Llámala infierno quien suspira dentro,  
Cárcel la ley, su afrenta la razon.

Allí un anciano en miserable estancia,  
Mas bien que calabozo sepultura,  
Sufre de sus pesares la tortura  
Con el pié de la muerte en el umbral.  
Pero en aquella frente consagrada  
Señales duran de lo que era un día,  
Centellea en su frente todavía  
La llama del espíritu marcial.

Bajo el morado episcopal vestido  
Violento late el corazón de Acuña:  
Cuando su mano el pectoral empuña  
Fué un acero tal vez lo que buscó.  
¡PADILLA! sin cesar suena en su labio,  
Y un ¡ay! le sigue y el prelado llora;  
Y es el audaz prelado que en Zamora  
¡Santiago y libertad! apellidó.

—«¿Por qué, Señor, arrodillado dice  
Delante de un ebúrneo Crucifijo,  
Por qué, señor, tu cólera maldijo  
La jornada infeliz de Villalar?  
¿Era pendón de iniquidad acaso  
La bandera del noble comunero?  
Por defender el injuriado fuero  
¿No es lícito la espada desnudar?»

Si entronizado el codicioso belga  
Saqueaba el palacio y la cabaña  
Y desangrando á la infeliz España  
Ríos de oro enviaba á su nacion;  
Si reía en espléndido banquete  
Sirviéndole de música el gemido  
De un pueblo que por él empobrecido  
Moribundo imploraba compasion;

Si al pedirle justicia el triste padre,  
Padre á quien deshonoró vil cortesano,  
Decía el extranjero al castellano:  
*Cómprame la venganza y la tóndrás:*  
¿Debió Castilla tolerar su afrenta?  
¿No debió armarse para entrar en liza  
Y gritar á la chusma advenediza:  
«No reinarás sobre mi suelo mas?»  
¿Condenaste, Dios mio, por mi culpa  
La empresa que sino te fuera grata  
Porque soltando el báculo de plata

Del profano baston el puño asi?  
No, que Samuel, ministro de tus aras,  
Tambien en sangre se bañó la diestra,  
Joyada de tu templo hizo palestra,  
Moisés armó los brazos de Levi.

Lo veo, sí; con nuestra ruin fortuna  
Tú quisiste enseñar á las naciones  
En dos tremendas útiles lecciones  
Lo que merecen, lo que deben ser.  
Quéjese el pueblo que agobiado llora  
Solo de sí porque obedece al yugo;  
Mas sepa si combate á su verdugo  
Que sin union es fuerza perecer.

Percieron por eso en el cadalso  
Los hijos de la gloria y de la guerra,  
Sus casas igualadas con la tierra  
Yacen cubiertas de ignominia y sal,  
«¿ Por qué me ha perdonado la cuchilla?  
¿ Por qué esta cárcel mi vivir esconde?»

Una voz pavorosa le responde;  
«Porque te espera muerte de dogal.»

Abrese con estrépito la puerta,  
Y precedido de villana tropa  
Vestido un hombre de funesta ropa  
Resuelto avanza en la prision el pié.  
Vara sutil de magistrado lleva,  
Que en él parece látigo sangriento,  
Ningun rasgo de humano sentimiento  
En su frente fanática se vé.

Sanguinaria la boca, sanguinarios  
Los torvos ojos de iracunda hiena,  
Con desplegar el labio ya condena,  
Con su mirada martiriza ya:  
Mudo, pasmado el infeliz Acuña  
La decision espera de su suerte,  
No le acobarda la imprevista muerte,  
Pero le aterra ver al que la dá.

«En nombre de don Carlos os lo mando,»  
Grita á los suyos el feroz alcalde,  
Pero dicta sus órdenes en balde,  
Tiembla el esbirro, párase el sayon.  
«Obedeced,» el bárbaro repite,  
Los satélites claman ¡ sacrilegio!  
Y acatando el sagrado privilegio  
Se lanzan en tropel de la prision.

«No teme el vengador de la justicia  
Dice el cruel, del hombre ni del cielo,  
Ese dogal tirado por el suelo  
No quedará sin victima esta vez.»  
¡ Ronquillo! fué á exclamar el sacerdote,  
Pero apagó su voz el duro lazo  
Que estrechó con la planta y con el brazo  
Aquel verdugo en hábito de juez.

Por los tránsitos luego de la cárcel  
Su trofeo arrastró dejando en ellos  
Con la sangre de Acuña y los cabellos  
Señalado el camino que llevó.  
Y á un corredor llegando guarnecido  
De dorado arabescó pasamano  
A ver el espectáculo inhumano  
Testigos el sacrilego llamó.

Y llegaron, y dijo: «Comuneros  
Que desdorar quisisteis la corona,  
La clemencia de Carlos os perdona,  
De Simancas salid, pero mirad.»  
Y el cordel ominoso atando á un hierro  
Lanzó al aire el cadáver palpitando.....  
Cayó la turba misera temblando  
Pasmada de terror y de piedad.

Alzóse un alarido que llenaba  
Del ancho patio el ámbito vacio;  
Sucedió al penetrante vocerío  
Misterioso susurro de oracion.  
Y oscilaban pendientes entre tanto  
Del corredor los miseros despojos,  
Y el llanto que asomaba en muchos ojos  
Lo tragaba en secreto el corazon.

Pero el cáñamo vil con un crujido  
Turbó el piadoso fúnebre homenaje  
Y anunció desde el alto barandaje  
Nuevos horrores que mirar despues.  
Cruzaba el patio el bárbaro Ronquillo.....  
Sonó un golpe violento..... Y de repente  
De sangre salpicósele la frente  
Y vió el roto cadáver á sus piés.

«Esconda, dijo, su ignominia luego  
La sepultura que á pedirme vino.  
Comuneros, sabeis vuestro destino;  
Sed fieles al invicto emperador.»  
Y salió del castillo á lento paso

Con la mano enjugándose la cara  
Y agitando en el aire aquella vara  
Que sembraba el espanto y el horror.

I.

Tal fué el alcalde Ronquillo,  
Y tal el fin execrable  
Del noble Acuña. La causa  
Solo los cielos la saben.  
Lidió por su libertad  
Como valeroso y grande,  
Mas vencieron los de Carlos  
Y es inútil lamentarle,  
Su crimen fué ser vencido,  
Y fué el iracundo alcalde  
Su juez y verdugo á un tiempo.  
¡Caiga en él toda su sangre!  
En vano gritó Castilla  
Contra el sacrilegio infame,  
Que estaba el rey de por medio,  
Y fueron voces al aire.  
Dióse por traidor al muerto,  
Y para mas ultrajarle  
Su infamia extendióse á todos  
Los que su nombre llevaren.  
Dió el emperador por bueno  
A su juez, pródigo honrándole  
Con su amistad, y el fué un tiempo  
Su lebrél mas formidable.  
Ansioso de distinguirse  
En su servicio, y mostrarse  
Agradecido y celoso  
Por los intereses reales,  
Atropelló sin escrúpulo  
Cuanto encontró por delante,  
Sin que justicia ó nobleza  
Fuesen valla á sus desmanes.  
Que en él fué delirio al cabo  
Lo que al principio coraje,  
Y la sed de su venganza  
Degeneró en insaciable.  
Era su presencia agüero  
De horrendas calamidades,

Y era su nombre un conjuro  
De desventuras y males.  
Seguíanle por do quiera  
En apiñada falange  
Alguaciles y verdugos  
Con hachas y con dogales.  
Donde fijaba la planta  
Su huella marcaba en sangre,  
Donde ponía los ojos  
Iba la muerte á sentarse.  
Como destructor cometa,  
Como fantasma impalpable  
En todas partes se hallaba  
Sin distincion de lugares.  
Y un encuentro, una palabra  
Casual ó poco explicable,  
Una plática en secreto  
O una seña poco fácil  
De comprension, una muerte  
Evocaba en el instante.  
«Comuneros son (gritaba)  
¡A ellos, prenderles...matarles!»  
Y nunca volvió sin presa,  
Que era plan irrevocable  
No hallar jamás inocente,  
Ni justiciar nunca en valde.  
¡Ah! no hubo español valiente,  
Cuyo sueño no turbase  
Alguna vez de Ronquillo  
La amenazadora imágen.  
Pues por dar con un rebelde  
Pasara sobre el cadáver  
Poco es del mejor amigo,  
De su esposa y de su madre.  
Mas tan caduca es la vida  
Y todo en ella es tan frágil  
Que se hunde lo mas brioso,  
Lo mas encumbrado cae.

Vecino á su hora postrera,  
Tendido en su lecho yace  
Llena de angustias el alma  
El desapiadado alcalde.  
Los ojos desencajados  
De las cuencas se le salen  
Como si espantados vieran  
Mil espectros rodearles.  
La cólera y el terror  
Pintados en el semblante,  
Pide al mismo tiempo auxilios  
Mundanos y espirituales.  
A veces sobre su lecho  
Iracundo incorporándose,  
«Llamadme al rey» dice á gritos  
Con feroces ademanes.  
A veces entre la ropa  
Atribulado ocultándose,  
«Que traigan un confesor,»  
Dice con voz lamentable.  
Y corre desalentada

Su gente plazas y calles,  
Unos en busca del rey  
Y otros en busca de un fraile;  
Mientras el vulgo enumera  
Los infinitos desastres  
Que lleva detrás el nombre  
Del golilla agonizante.  
Y no hay en Valladolid  
Una casa ni un linaje  
Que con dudosa impaciencia  
La muerte del juez no aguarde.  
Parece que mientras viva  
Sobre la tierra un instante  
Sus miradas y su aliento  
Han de emponzoñar el aire.

Que así mueren los impíos,  
Sin ser llorados de nadie,  
Y agobiados bajo el peso  
De su conciencia culpable.

II.

Así en su lecho Ronquillo  
Ya casi á espirar cercano,  
Un crucifijo en la mano  
Y á su lado un confesor,  
Su hora postrera aguarda  
En oscura incertidumbre,  
De su fe muerta la lumbre,  
Vivo de su alma el terror.

Los recuerdos de una vida  
A la ambicion consagrada  
De crímenes mil sembrada  
Secretos entre Dios y él  
Hervían en su conciencia,  
Y al exacto pensamiento  
Se agolpaban en violento  
Irresistible tropel

Allí con faz iracunda  
Se alzaba el fantasma fiero  
Del bizarro caballero  
Degollado en la prision,  
Y sus hijos y su esposa

Victimas del abandono  
Pedíanle con encono  
De aquella sangre razon.

Allí el engañado amigo  
Y la mujer deshonrada,  
La inocencia condenada,  
La vendida rectitud  
A recias voces pedían  
Contra el culpable venganza,  
Y de ella con esperanza  
Asidos de su ataud.

Revuelve el juez por do quiera  
Los ojos desencajados,  
Mas por do quier apiñados  
Sangrientas fantasmas vé;  
Do quiera una sombra pálida  
Le recuerda una sentencia  
Que dió contra su conciencia  
Y contra justicia fué.

Y al través de cada pliegue  
Del cortinaje ostentoso  
De su lecho, un horroroso  
Espectro aguardando está;  
Y en vano cierra los párpados,  
Que bajo forma distinta  
En sus pupilas se pinta  
Mas espantoso quizá:

Mas sobre todos Acuña  
Ante su ojos se muestra  
Con el báculo en la diestra  
Y en la siniestra el dogal,  
Clamando el buen caballero  
Por la honrosa sepultura  
Merecida á su bravura  
Y á su cetro episcopal.

Y en vano el mal juez le tiende  
Su mirada suplicante,  
Acuña le está delante  
Con gesto amenazador,  
Y al rezo con que el alcalde  
Conjura la sombra santa,  
Acuña el dogal levanta  
Que mata con deshonra.

«Mi fama importaba poco,  
«(Dice el obispo insepulto)

«Si el crimen quedara oculto  
«Menos mi sangre en verdad.  
«Pero ¿no viste ¡sacrilego!  
«Que habia en mí mas que un hombre,  
«Y que iba unida á mi nombre  
«Mi sagrada dignidad?»

—«No, (gritaba el moribundo)  
«No á mi esa cuenta me pidas:  
«La ley cortó vuestras vidas,  
«Acude á quien la dictó.  
«Rebeldes, á muerte fuisteis  
«Condenados y en conciencia  
«Será injusta la sentencia  
«Mas no quien la ejecutó.»

—«¡No! (reponia la sombra)  
«¡Mientes! si hacerte le plugo  
«Su juez, jamás su verdugo  
«Te nombró el emperador.  
«¡Mientes! sí, dióte la vara  
«Que aunque castiga no humilla,  
«Mas no te dió la cuchilla  
«Ni el dogal infamador.

«Cuando oscilaba mi cuerpo  
«Colgado en el barandaje  
«No recibí aquel ultraje  
«De tu rey, sino de ti.»  
Y esto diciendo la sombra  
De Acuña el dogal mostraba  
Y él con la vision luchaba  
Sin ahuyentarla de sí.

«¡Huye! el infeliz decia,  
¡Huye, delirio funesto!»  
Y con terror manifiesto  
La vista apartaba dél.  
«¡Huye!» escondiendo la cara  
Entre las ropas decia,  
Mas siempre, siempre veia  
El mismo espectro cruel.

En tanto el sol su occidente  
Y el día su fin tocaba,  
Y á largo paso avanzaba  
La noche lóbrega en pos:  
Y al miserable Ronquillo  
Le iba el aliento faltando  
Cada vez mas excusando

La memoria de su Dios,

—«La vida es breve é incierta,

«Morir es negocio grave,

«La hora nadie la sabe»

Le decia el confesor;

Mas él sin oirle casi

La moribunda mirada

Tendia desesperada

De la puerta en derredor.

—«¡Si hubiera, padre, un menguado

«De esos doctores, decia

«Que cortara mi agonía

«Hasta que viniera el rey

«Le hiciera pesar en oro!...

«Mas todo es farsa su ciencia

«Y á su orgullosa impotencia

«Siempre el mal pone la ley.

«¿De qué les sirve el estudio

«De esa facultad mentida

«Si se les huye la vida

«Y vence la enfermedad?»

—«¡Pensad en Dios, replicaba

Compasivo el religioso,

«Buscad señor el reposo

«En su incierta eternidad!»

Mas el alcalde impaciente

Siempre mirando á la puerta

Su atencion mostraba incierta

Entre el rey y el confesor.

Deciale este: «él reparte

«Con el justo su corona:»

Y él decia «su persona

«No tuvo adicto mayor.»

«¡Mas me olvida, cuando sienta

«Preso mi vida en un hilo

«Y él solamente tranquilo

«Pudiera hacerme morir!»

Y así Ronquillo diciendo

Con supersticion impia

En el rey ¡nécio! ponía

Su esperanza y porvenir.

Decia el fraile: «¡habed cuenta

Que eso el diablo no os arguya!»

—«Con una palabra suya

Me salvo,» decia el juez.

Y oraba el buen religioso

Por él fervorosamente,

Y él murmuraba impaciente

Una maldicion tal vez.

Al fin abrióse la puerta

Y entró por ella embozado

Un hombre pálido, armado

De una espada y un baston;

Sobre cuya negra ropa

De seda á un cordon asido

De su cuello suspendido

Brillar se via un toison.

Tendió por el aposento

Rapidísima mirada

Este hombre desde la entrada,

Y con perezoso pié

Llegó al lecho de Ronquillo

Mientras el buen religioso

Acercóse respetuoso

Blando sitial y se fué.

Sentóse á la cabecera

Del juez el recién llegado,

Y con aliento apagado,

De este modo el juez le habló.

A cuyas voces el otro

Sus razones exponiendo

Preguntando y respondiendo

Diálogo tal se entabló:

EL JUEZ.

Ya príncipe, y señor mio,

Cercana mi muerte sienta,

Pero no es mi sentimiento

Mayor el verme morir;

No es dejar mi casa y gente

Sobre la tierra olvidada

Cuando por vos amparada

Sé señor que ha de vivir.

Solo una cosa quisiera

¡Oh gran señor! demandaros,

Y por cuanto hay conjurados

Para obtenerla de vos.

EL REY.

Sabes Ronquillo que siempre

Tu amigo mejor he sido,

Y sé cuan bien me has servido;

¡Prémiate en la gloria Dios!  
Cuanto por ello me pidas  
Mi amistad te lo dispensa,  
Con tal que no sea ofensa  
Del Señor, concluye pues.

RONQUILLO.

Es una bondad que aguardo  
De tan magnánimo pecho.

EL REY.

Ronquillo, dálo por hecho,  
Mas acaba, di lo que es.

RONQUILLO.

Oidme señor; yo espiro  
Aunque pecador, en calma:  
Solo me atormenta el alma  
Un peso que solo vos  
Podeis quitarme: la muerte  
Del obispo de Zamora.

La muchedumbre traidora  
No temo, que le fué en pos.

No, aquella chusma rebelde  
Murió á las leyes conforme,  
Yo di á vuestro padre informe  
De cuantas sentencias di:  
Mas la de Acuña me aflige,  
Librarme de ella deseo  
Que por todas partes veo  
Aquel obispo ante mí.

Si vos, señor, compasivo  
De mi conciencia en descargo  
Quisierais tomarla á cargo  
De vuestro padre en lugar,  
Yo descansado muriera:  
Porque vuestro padre al cabo  
Mandó á Padilla y á Bravo  
Y á los rebeldes matar.

Y yo, señor, en Acuña  
Su ley imperial cumplía  
Pues probé su rebeldía  
Y le sentencí por tal.  
Y así diciendo el alcalde  
Que alentaba con trabajo  
Miró al rey, que cabizbajo  
Meditaba en su sitial.

¡Miseria humana! aquel hombre

Que por su ciencia y sus leyes  
Aconsejaba á los reyes  
Y se aconsejaban de él,  
Supersticioso y fanático  
Quiso á otro hacer responsable  
De lo que él solo culpable  
Obró, sin culpa de aquel.

Mas vió con gran desconsuelo  
Que allí en la ocasion mas critica  
Le abandonó su politica  
Que aun con Dios quiso emplear:

Porque el rey muy compungido  
De no complacerle en esto  
Le dijo con grave gesto

Y voz tierna de escuchar:

—«Hijo mio: tú no puedes  
Concebir el sentimiento  
Que tengo en este momento  
Por no poderte servir.

Mas si tomase á mi cargo  
Lo que mi padre pecara  
Dios me lo echaria en cara  
Y ¿qué le iba yo á decir?

Responderle no podria  
De lo que yo no supiera  
Y Dios condenar me hiciera  
En vuestro lugar á mí.  
Harto hará cada nacido

En responder de lo suyo,  
Carga tú pues con lo tuyo,  
Y hable mi padre por sí.

Que si sus órdenes régias  
Como te las dió cumpliste,  
Tu deber Ronquillo hiciste,  
Y no hay porqué recelar.  
Mas si á tu interés miraste  
Sus órdenes excediendo  
Que injusto es por ello entiendo  
Al emperador culpar.»

Y así diciendo con calma  
Al alcalde moribundo  
Salió Felipe segundo  
De allí con rápido pié.  
Y era este alcalde sin duda  
Hombre de grande importancia,

Cuando hasta su misma estancia  
Felipe segundo fué.

Desde este fatal momento  
Y desque oyó tal respuesta,  
Fué la inquietud manifiesta  
Del desconsolado juez:  
Y á su confesor llamando  
Para acallar su conciencia  
Acudió á la penitencia  
Humillando su altivez.

Al fin con señales santas,  
Y cristianos pensamientos,  
Recibió los sacramentos,  
Nombró heredero, y murió.  
Y con suntuoso aparato  
Y gran pompa se asegura  
Que le dieron sepultura  
Bajó un altar que él dotó.

Y á ver su tumba de mármol  
En labores exquisita  
Y la riqueza inaudita  
Del recamado tapiz  
Con que colgaron la iglesia  
Desde el suelo á la techumbre  
En expresa muchedumbre  
Acudió Valladolid.

### III.

Era la noche del siguiente día  
En que murió Ronquillo,  
El túmulo en la iglesia todavía  
Se alzaba, aunque entre mármoles yacia  
Su cuerpo ya, y sus honras encargadas  
A los severos padres franciscanos  
Estaban con gran pompa preparadas.  
Del mismo rey por cuenta  
Celebrarse debían  
Y sin duda serían  
Magnífica funcion, cosa opulenta.  
Pues era justo que quien tanto ruido  
En el mundo mortal metió viviendo  
A la mansion bajase del olvido  
Con pompa, con escándalo y estruendo.

Y un monje reverendo  
De edad proveccta y elocuencia suma  
La fúnebre oracion tomó á su cargo,  
Y en que saliera voluntad poniendo  
Obra maestra de su docta pluma.  
Tomó pues en la oscura biblioteca  
Ancho sillón de suspendido cuero,  
Mesa espaciosa con papel no escaso,  
Volúmenes traídos para el caso,  
Péñola blanda, y colosal tintero.  
Ojeó á san Agustin y á san Crisóstomo,  
Y trajo á su memoria  
De sagrada oratoria  
Cien sublimes y clásicos modelos,  
No sin costarle las ideas santas  
Dentelladas de uñas unas cuantas,  
Y alguno que otro refregon de pelos.  
Y así á veces el techo contemplando  
Leyendo á veces lo que estaba escrito  
Con voz tan alta que rayaba en grito  
Y periodos á veces murmurando;  
Y en el hondo sillón arrellanándose  
Unas borrando y otras añadiendo  
El bendito sermón iba saliendo.  
Y ya el buen fraile el parabien se daba  
Notando que al epilogo llegaba  
Repasando renglones por renglones,  
Descuidados conceptos y oraciones,  
Limando sus periodos inconcusos,  
Mezquinos ó confusos;  
Cuando dió de repente en sus oídos  
Tremendo son de silbos y cadenas,  
Y horroroso concierto de alaridos  
Que la sangre de horror heló en sus venas.  
Huyósele la pluma de las manos,  
Borrósele el sermón de ante la vista  
Al son de aquellos gritos sobrehumanos  
Y aquella serenata no prevista.  
Los ojos con pavor clavó en la puerta  
Trémulo el corazón, roto el aliento  
En la boca entreabierta,  
Sin fe esperando su postrer momento.  
Y entretanto el estrépito crecía  
Y mas á cada punto se acercaba,  
Y mas horrendo cada vez se hacia,



Y cada vez mas próximo sonaba.  
Ya semejaba del airado trueno  
El repentino y cóncavo estampido ;  
Ya de desolacion intima lleno ,  
Largo , medroso y lúgubre gemido ;  
Ya por el ronco vendabal sin freno  
Ancho y voraz incendio sacudido ,  
Y ya el fragor de la borrasca fiera  
Con que la mar retumba en la ribera.

Giró la puerta al fin sobre sus goznes  
Y dió paso su hueco á un enlutado ,  
Que entró sin ceremonia y escollado  
Por multitud de incógnitas figuras  
Fantásticas y feas ,  
A cuyas repugnantes cataduras  
Daban color sus azufradas teas.

Quedóse el pobre fraile anonadado ,  
Y encomendando á Dios el alma imbécil  
Ante la negra aparicion postrado  
Cayó humilde de hinojos ,  
Lleno de miedo el corazon menguado  
Y de cobardes lágrimas los ojos.  
Y el incógnito viendo tal postura  
Dijole con voz dura :

«No dobles insensato la rodilla.  
«Al mas infimo ser que alienta y sufre  
«Y ante la cruz de tu sayal se humilla.  
«Levanta , miserable, de la tierra  
«Y guia á la capilla  
«Do yace el cuerpo del maldito alcalde ,  
«Que para tu sermon lo que allí veas  
«No te será por Dios párrafo en valde.»

En vano el monje conjurar quisiera  
La aparicion con la palabra santa  
De oracion eficaz , inútil era  
Su esfuerzo y voluntad , ni una siquiera  
Pudo el triste arrancar de su garganta.  
Trémulo y cabizbajo echó delante  
De la turba infernal que silenciosa  
Caminaba tras él poco distante ,  
Hasta dar en la iglesia tenebrosa.  
Por bajo de sus arcos ojivales  
Pasaron lentamente en dos hileras  
Aquellas cien fantasmas infernales ,  
Sin que en el templo cóncavo crujiessen

Sus misteriosas huellas ,  
Sin que sus sombras proyectar se viesen  
Sobre los muros , desprendidas de ellas.  
La luz iluminaba  
Sus contornos tal vez , mas su figura  
No oponia á la luz compacta oscura  
Su masa corporal : la luz en torno  
No se extendia no de su contorno ,  
Que el reflejo su cuerpo traspasaba.  
Vacilaba su forma á cada paso  
Como se vé variar la de un objeto  
Cercado de agua y á través de un vaso ,  
Y parecia que era solamente  
Cada figura un árido esqueleto  
Que con cuerpo aparente  
Su desnudez disimular queria,  
Mas dar con la apariencia no podia.  
Así llegaron del alcalde muerto  
A la tumba ostentosa ,  
Do escribieron en vano «aquí reposa.»  
Pues tomando al morir un rumbo incierto ,  
De la horrorosa duda  
Entró su alma inmortal en el desierto ,  
Cercó la turba el féretro , y la losa  
De su jefe á la voz dócil girando  
De Ronquillo mostró la pavorosa  
Figura ; á cuya vista el negro bando  
De espíritus que el féretro cercaba  
Rugió iracundo al contemplar su presa ,  
Cual de la suya en torno en noche oscura  
De cuervos roncós la bandada espesa.  
El enlutado entonces que mostraba  
Autoridad entre ellos , la voz fiera  
Alzó en un pergamino que llevaba  
Leyendo en torva voz de esta manera :  
«Mirando los pecados infinitos  
«Con que manchó su vida y su conciencia  
«El alma de este juez , y sus delitos  
«No mereciendo de su Dios clemencia  
«Y en la balanza igual de su justicia  
«Pesando mucho mas que su inocencia  
«La venganza , el orgullo y la avaricia,  
«Al cuerpo infame el Hacedor sentencia  
«Con el alma á sufrir males eternos  
«Por una eternidad en los infiernos.»

Y á estas palabras la infernal caterva  
Del vil cadáver con furor asiendo  
Iba á ensayar en él venganza acerba  
Con ira horrible y tronador estruendo,  
Cuando á la voz de Satanás cediendo  
El tumulto feroz, el triste monje  
Que el juicio eterno á su pesar veía  
De esta manera oyó que le decía :  
« Refiera tú en el púlpito mañana  
« Lo que has visto esta noche, y quien osare  
« Dudar de esta justicia soberana  
« Que en este muro nuestra huella vea  
« Y ante esta marca se horrorice y crea.»

Y así diciendo con su negra mano  
En la pared trazó círculo oscuro  
Y un fuego roedor en polvo vano  
Trocó la piedra del macizo muro.  
Y soplando despues en la pavesa  
Por el ancho y mefítico agujero  
Huyeron los fantasmas con su presa,  
Huella indeleble su espantoso bando  
En el tostado boqueron dejando.

Quedó aterrado el santo religioso  
Al pié de la vacía sepultura  
Mirando por el aire nebuloso  
Veloz huir la aparicion impura;  
Hasta que al cabo de terror transido  
Desfalleció sin voluntad ni aliento  
Y cayó sin sentido

Al desgarrarse airado el firmamento  
De un trueno con el cóncavo estampido.

Brotó la tempestad : rompió el nublado  
Su henchido vientre, y con fragor crujieron  
El rayo de las nubes desatado  
Y el granizo con furia desgajado  
Que al paso audaz del huracan siguieron.

Al iracundo estrépito inaudito  
Estremeciése la ciudad dormida,  
Tal vez creyendo que la humana vida  
Tocaba con su término prescrito :  
Y al desórden innoto  
Que vió desbaratar los elementos  
Tembló el malvado y se humilló el devoto  
Vueltos á Dios sus torpes pensamientos.

Y diz que al otro día

Todo Valladolid se despoblaba  
Y la tumba vacía  
A contemplar venía  
Y viendo el boqueron se santiguaba ;  
Porque en su Dios la multitud creía  
Y á su Dios adoraba...  
*¡ No era cual hoy la multitud impia !*

Perdona, ¡ oh buen lector ! si en un exceso  
De humor fatal con tan oscura tinta  
Pude contarte tan atroz suceso ;  
No siempre alegre nuestra pluma pinta  
De ciego amor el voluptuoso halago,  
El bullicio del circo y los festines,  
De blancos sueños el tumulto vago  
Y el aroma del templo y los jardines.  
No siempre paz el corazon respira  
Placer, y delicioso arrobamiento,  
Ni siempre siena en mi cansada lira  
Del placer y el amor el grato acento.

Tal es la tradicion : así la cuenta  
El pueblo por do quier, y así la escribo ;  
Si como está, lector, te descontenta,  
Tu juicio al fin con humildad recibo.  
Y en fe de que te escucho y te respeto  
Relacion esmerada y exquisita  
A la vuelta de esta hoja te prometo ;  
Desagríete pues *mi FAVORITA.*

FIN DE LA LEYENDA SEXTA.